

LOS MODOS DE LA CELEBRACION EUCARISTICA

El tema del papel y del lugar que ocupa —que debe ocupar— la misa en la vida de los fieles no es nuevo. A su manera cada época se ha planteado esta problemática y la ha resuelto según sus luces. Aunque las respuestas dadas a este respecto no han dejado de tener, a veces, sus exageraciones o sus lagunas. En ciertos momentos parece como si toda la cuestión se redujera al número de misas: no está muy lejana la época en la que las personas “devotas” procuraban asistir al mayor número posible de misas o ante la defunción de un familiar el interés de todos se centraba en celebrar el mayor número posible de misas en su sufragio. Hoy el centro de interés parece ser otro: preocupa más la calidad de la celebración —participación activa, expresividad de los signos— que el número de celebraciones.

Una de las épocas que quizá sean más iluminativas para nosotros es el período que va desde la gran escolástica hasta Trento: en este tiempo se clarifica, de manera teológicamente impecable, la relatividad de la Eucaristía con respecto a la Cruz. Santo Tomás plantea y resuelve el problema con su habitual claridad y exactitud y Trento hace suya esta doctrina: la misa no es un sacrificio en sí mismo sino una nueva presencia, una “representación”, en el sentido etimológico de la palabra, del único sacrificio realizado en la muerte-resurrección de Cristo. Pero, a pesar de estas explicaciones, en la práctica el pueblo cristiano continuó viviendo al margen de las nuevas aportaciones teológicas y siguió considerando la misa como un acto autónomo, casi como un nuevo sacrificio que se sumaba al de la cruz. El interés por multiplicar el número de misas junto a la despreocupación por la manera de participar en la misma es un buen indicio de ello. Y el hecho de que las protestas de Lutero tuvieran tanto eco son un nuevo signo de que no se captaron las explicaciones teológicas y pervivió la visión de la Eucaristía como sacrificio independiente.

En nuestros días el Vaticano II ha significado un gran avance, parecido al del Tridentino, aunque las aportaciones hayan ido por otros derroteros. Lo que hoy ha preocupado, sobre todo, ha sido evidenciar el matiz ecle-

sial de la Eucaristía y la importancia de los signos de su celebración. La misa no es simplemente un “acto de devoción personal” sino principalmente una acción de la Iglesia como tal. Por otra parte, la Eucaristía no sólo “re-presenta” el sacrificio pascual sino que lo hace *a través de signos litúrgicos*; por ello, debe insistirse en los signos de la celebración: comunión bajo las dos especies, lengua vernácula, altar de cara al pueblo, etc. Pero aquí se nos presenta un interrogante: si el Tridentino tuvo tan poco eco en la vida real de los fieles, también hoy es posible que se repita el fenómeno. El peligro de aplicaciones parciales, de olvidos importantes, de aplicaciones incluso erróneas de las nuevas luces también son posibles en nuestro tiempo. ¿No existe hoy el peligro de que al buscar lo más expresivo se olviden las realidades objetivas que son precisamente el fundamento de lo que los signos deben expresar? En más de una ocasión la insistencia por lograr celebraciones más expresivas ha llegado a negar la legitimidad de lo que era indudablemente válido aunque fuera menos significativo. Y aquí cabría el aforismo de que “lo mejor es enemigo de lo bueno”.

Se impone, pues, una reflexión que distinga entre enriquecimientos reales y posibles lagunas o incluso errores en las maneras de concebir o de vivir la Eucaristía. Y esto es lo que pretendemos con este número de Oración de las Horas.

¿Es verdad, sin más, que “la misa es siempre la misa”, como a veces se ha afirmado, tanto si la celebra una pequeña asamblea como si está presidida por el papa, en una ocasión especialmente relevante? Poniendo un caso extremo nadie diría que sea igual la misa en la que se participa en estado de pecado o en estado de gracia. Pero hay también otras diferencias aunque no sean de tanta monta. No es lo mismo la misa del domingo que la de los otros días. *Mejorar la celebración* habla de este tema. Que la misa sin participación del pueblo sea menos expresiva es indudable. Pero de aquí a concluir que la misa sin pueblo sea un absurdo hay un abismo. Este es el tema de otra de las aportaciones. La misa del domingo es, sin duda, la más significativa, la más importante, la única que reúne a todos los fieles; pero, ¿es verdad, como algunos afirman, que en la antigüedad sólo se celebraba los domingos y que la misa diaria fue el resultado de tiempos tardíos y decadentes? Bernal responde con unos datos históricos que para muchos serán un descubrimiento. Y Aldazábal insiste en el valor innegable de una participación diaria en la eucaristía. La aportación de R. Grández la agradecerán, sobre todo, los responsables de la pastoral de los fieles. Hay otros puntos que hubiéramos querido tratar pero el espacio no nos lo ha permitido: la diferencia que media entre la misa presidida por el obispo o por un presbítero; el problema de las misas que, además de la del domingo, se celebran con ritmo semanal, sobre todo, en los colegios; el problema de los tiempos de devoción (meses, novenas) en los que acuden más fieles a misa... son otros tantos problemas que quedan en el tintero para otra ocasión. P.F.